

toda la extensión del dominio del imperio en África antes de la conquista por los vándalos, y más hacia el Este que al extremo Oeste, en la Mauritania, estaba cultivado el país y cubierto como la Galia y España de innumerables ciudades y aldeas. Las familias nobles romanas poseían en él vastísimas fincas, y el activo comercio, el crecido número de funcionarios y empleados de toda especie, los jefes de las tropas y estas mismas habían difundido por todas partes, hasta el desierto y las cordilleras á donde se habían retirado los moros, la civilización y las costumbres romanas, tanto que mientras decaía en Italia el genio romano, siguió produciendo en África, lo mismo que en la Galia y España, abundantes y notables ingenios. Desde el período pagano hasta el completo dominio del cristianismo, vemos una no interrumpida serie de autores africano-romanos, entre los cuales solo citaremos á Apuleyo, Tertuliano, Arnobio, los santos Agustín, Fulgencio, Víctor obispo de Vita, y Víctor obispo de Tununa, cuyo estilo es indudablemente menos puro y fino, y hasta afectado de cierta aspereza bárbara, pero más vigoroso y robusto que las retóricas lamidas y artificiosas de los autores galos y de los autores romanos de cartas y de memorias.

La capital intelectual y política del país era Cartago. Esta ciudad, y todas las otras, hasta las más insignificantes, disfrutaban de aquella organización municipal, tan especialmente romana, que aunque alterada por los gobiernos absolutos de los emperadores con su sistema de opresión y de explotación esquiladora, y sin ninguna fuerza ni influencia en la política, no cesó de representar, conservar y extender la civilización antigua entre los bárbaros. La administración de cada ciudad estaba confiada á una corporación llamada curia, cuyos miembros elegidos por las ciudades entre los propietarios principales, componían la nobleza urbana y se dividían en decuriones y senadores. A ellos pertenecía en su mayor parte el territorio de la localidad, de los alrededores y aun del llano, que hacían cultivar por colonos y esclavos. Esta circunstancia hacia inclinarse en las elecciones los votos de sus conciudadanos constantemente en su favor, tanto que la dignidad de decurion resultó ser de hecho hereditaria en las familias más ricas llamadas por esta circunstancia también casas senatoriales. Después cuando el cristianismo llegó á ser religión del Estado, la mitra del distrito quedó en las mismas casas poco menos que hereditaria también, á pesar de su carácter electivo de entonces, y no tardó en adquirir en los asuntos temporales la misma influencia é importancia que en los espirituales. Lo mismo sucedió en todas las provincias del imperio. En Tours, por ejemplo, todos sus obispos menos cinco, desde el establecimiento del obispado hasta el fin del siglo IV salieron de una misma casa ó familia que pudo gloriarse de contar entre sus hijos al obispo Gregorio, el célebre historiador de los francos. Añádase á esto que estas familias casi siempre se unían entre sí por lazos matrimoniales y se comprenderá que ellas eran las que realmente gobernaban á los pueblos; resultando á veces que un hermano del obispo defendía al pueblo, combatiendo á la cabeza de la población armada y de la tropa en las murallas ó en el campo contra los bárbaros, mientras su cuñado divulgaba y publicaba el milagro de un santo para animar á los defensores y excitarlos á la constancia, y mientras otro hermano ó primo había ido á buscar auxilio.

Pero esta posición senatorial tenía también sus cargas: no todo eran honores y dignidades, porque el emperador y sus representantes en las provincias hacían servir á los dignatarios de la autonomía municipal de instrumentos de opresión á nombre de la administración del Estado, siendo responsables los decuriones (ó sean regidores) con su hacienda del

cobro entero y puntual de las insoportables contribuciones que el gobierno central imponía á la ciudad y su radio, y que la curia ó ayuntamiento distribuía entre los ciudadanos. Esta y otras cargas eran á veces tan duras que los interesados se valían de los medios más desesperados para librarse de ellas; huían al desierto; buscaban asilo entre los bárbaros y hasta renunciaban en ciertos casos á su condición de individuos libres, haciéndose voluntariamente esclavos con sus familias. El gobierno empleaba á su vez todos los recursos imaginables para cerrarles todos los caminos de eludir tan peligrosos honores; y hubo casos en que para castigar á ciertos criminales, el gobierno los nombraba decuriones; y para castigar á los decuriones si incurrían en graves delitos, les nombraba senadores municipales vitalicios, obligándoles á servir siempre el cargo y privándoles de todos los demás derechos.

Los reyes vándalos no tocaron en nada á esta organización, principalmente porque se servían de ella para sacar contribuciones y para sus actos de gobierno.

Los senadores de todas las ciudades de una provincia formaban una diputación ó asamblea en que se discutían los intereses generales de toda la provincia.

En las otras provincias del imperio solía nombrarse el senado de cada localidad á los regidores de su municipio generalmente según la propuesta de los miembros salientes, sin consultar al pueblo para nada; pero en África no era así; allí se había conservado la antigua costumbre de concurrir á las elecciones los ciudadanos y el pueblo dividido en gremios.

La agricultura padeció mucho en África con la invasión de los vándalos, y esto no solo durante la guerra de conquista, sino después de la sumisión del país, á causa del exterminio de los poseedores romanos. Mientras en otras partes la invasión de los germanos con la desmembración de los grandes latifundios y la repartición de tierras había hecho prosperar el cultivo, los vándalos en África no hicieron más que destruirlo; primero por los efectos inherentes á la invasión, después por los continuos destierros de los propietarios romanos y provinciales; y por último porque más afectos á regalar y holgar de todas las maneras imaginables que á aplicarse al cultivo de la tierra; lo abandonaron á los esclavos y á los infelices expropiados, transformados por lo general en colonos de sus propias heredades.

El comercio marítimo no podía florecer ni siquiera ser constante ni en reducida escala en el reinado belicoso de Genserico; los buques de la Galia no se atrevían á visitar los puertos de África para no caer en manos del rey pirata, que consideraba todo buque romano con su cargamento y tripulación buena presa. Los navegantes romanos, cuando podían, apresaban también los buques africanos, pero después del convenio de paz con el emperador Zenón, aumentó considerablemente la exportación de productos de los puertos de África que consistían principalmente en cereales, mármoles finos, armas excelentes de fábricas vándalas que ocupaban trabajadores vándalos y romanos, distinguiéndose entre sus artefactos las hojas de espada y timbales metálicos para el ejército, según refieren Víctor de Vita y Casiodoro; púrpura y esclavos de toda procedencia y color. En el puerto de Cartago había siempre muchos buques bizantinos que importaban entre otras cosas tejidos de seda, entonces todavía carísimos, pero que los vándalos opulentos y derrochadores consumían en grandes cantidades, según se desprende de la poesía dedicada á Trasamundo, y conservada en la Antología, y de las obras de Procopio.

Los vándalos encontraron en África establecida la posta imperial ramificada por todas las provincias, que servía al gobierno para enviarles órdenes, embajadores, correos, men-

sajeros y empleados. En todas las poblaciones importantes había estaciones con relevos siempre prontos, al cargo de jefes ó maestros de postas llamados veredarios (*veredarii*, del celta *para veredi*). Gracias á esta institución, pudo Hunerico publicar por todo su reino el famoso edicto sobre la controversia religiosa. La misma razón que hizo admitir á los vándalos el sistema monetario romano les hizo conservar también el de pesas y medidas.

Todo esto, unido á los teatros en que sin duda se representaban más pantomimas y bailes que dramas (se ha conservado la noticia de una bailarina que no representaba sino los papeles de Andrómaca ó de Elena), y el cultivo de la música, habría acabado por romanizar completamente á los vándalos si su reinado no hubiese sido tan corto. Las familias distinguidas y ricas aprendían ya el idioma latino (y especialmente también el griego), conforme se infiere de las obras en prosa y verso que los autores se dedicaban en aquel idioma. Había también algún vándalo que escribía latino, y en efecto, el latino se usaba hasta por los reyes de los diferentes pueblos de raza goda en las cartas que se escribían entre sí, como lo prueba la del rey ostrogodo á Trasamundo, porque esta lengua era entonces la de la diplomacia. Un mojon que marcaba el límite entre el territorio godo y vándalo en la isla de Sicilia lleva inscripción latina, y en el mismo idioma están redactadas las declaraciones de fe de los obispos católicos; pero á pesar de todo esto conservábase el uso del idioma vándalo, que era un dialecto godo según se desprende de los nombres y de algunas otras palabras conservadas cuyas raíces son decididamente germánicas, como *hilds*, *munt*, *reiks*, *gunth*, *giba*, *mer*, *gisal*, *azd*, *ing* y *gard*s. Algunos vándalos tenían, sin embargo, nombres griegos ó latinos, como Enages, Amato, Cirilo, Yocundo y Antonino. Genserico contestó á los obispos por medio de un intérprete, y en el reinado de Hunerico pudo todavía alegar el patriarca Cirilo por excusa su ignorancia del latino. En el culto arriano empleábase el idioma vándalo, y sus biblias debían de estar redactadas en él, cosa fácil teniendo la versión visigoda de Ulfilá. Tenían evangelios ricamente adornados; pero las biblias adornadas de oro y piedras preciosas que Belisario se llevó á Constantinopla estaban escritas en hebreo ó griego, no en vándalo.

Para los miembros de la familia real era indispensable el conocimiento de las lenguas clásicas y á un nieto de Genserico llaman los autores instruido en letras. Trasamundo estudiaba las obras de los autores católicos latinos y griegos, y á las terms que construyó en Cartago puso una inscripción acróstica latina; en los teatros se representaban las piezas en latino; y cuando poetas romanos llaman en sus versos á Homero el Aquiles vándalo, puede inferirse que eran cuando menos conocidas las poesías de Homero, aunque no fuesen más que las relativas á la guerra de Troya.

Por otra parte, la literatura teológica cristiana primitiva, escrita, como las muchas obras católicas de controversia, en una ú otra de las dos lenguas clásicas, obligaba á los sacerdotes vándalos á aprender estas últimas; y lo prueba un escrito del obispo arriano Pinta, consultor de Trasamundo, contra la fe católica, contestado por Fulgencio. Puede decirse que casi toda la literatura africana en el tiempo de los vándalos consistía en obras teológicas. Vigilio de Tapso, que asistió á la controversia pública de Cartago, escribió doce libros sobre la Santísima Trinidad, punto principal de la diferencia entre católicos y arrianos. En esta obra hace hablar al gran doctor San Atanasio, á quien presenta también en un diálogo discutiendo con Arrio. La polémica contra el diácono arriano Varimado que se encuentra en sus obras, no es del mismo autor, sino que fué escrita por otro que vi-

via en Nápoles. Entre los autores católicos del período vándalo figura en segunda línea San Fulgencio. Una copia de las obras de San Hilario data del año 14 del reinado de Trasamundo, y sirvió en las polémicas de gran autoridad. Los escritos que no tienen por objeto inmediato las polémicas religiosas, tratan en su mayor parte de asuntos de historia eclesiástica, como «La persecución vándala», por Víctor de Vita, y «La vida de San Fulgencio», por un discípulo suyo, probablemente el diácono de Cartago San Ferrando, que se limita á tratar de los padecimientos de una sola de las innumerables víctimas de estas persecuciones. En el reinado de Genserico se compusieron también dos tratados para el cálculo del ciclo pascual, y otro sobre el árbol genealógico de los patriarcas hebreos.

La literatura laica en el reino vándalo no presenta nada digno de mencionarse. En cuanto á instrucción, había varias escuelas superiores en Cartago; en las demás ciudades fundaron sus habitantes otras, nombrando ellos mismos á los maestros, aun en tiempo de Genserico. Respecto del método, vemos en la Vida de San Fulgencio, que los hijos de las familias romanas aprendían primero el griego, y solo pasaban al latino después de haber aprendido de memoria toda la obra de Homero y algunas comedias de Menandro.

Entre los versificadores, ya que no merecen el nombre de poetas, se distingue notablemente Bloisio Emilio Draconio, que escribió en el reinado de Guntamundo, en medio de la turba de inferioridades que como Luxorio, Félix Florenciano ensalzaban en epigramas (poesías cortas), amaneradas é hinchadas con verdadera exageración africana las construcciones, proclamações y otros sucesos de los soberanos vándalos, porque vivían en la corte ó cuando menos en la capital. Bloisio en sus versos, no había adulado, como se esperaba y como hacían otros, al monarca vándalo, sino á un extranjero, quizás al emperador ó alguno de sus generales, y por esta falta, el rey mandó confiscarle los bienes y encerrarle en una cárcel. Allí escribió una especie de palinodia llamada *satisfactio*, ponderando la benignidad y clemencia del rey con los presos, y las victorias terrestres y navales de los vándalos sobre los moros. Además de esta *satisfactio*, escribió Bloisio, también en la cárcel, su obra «De Deo» en tres libros, ensalzando en ella al Creador. Fuera de estas obras, se ha conservado del mismo autor otra poética, bien que arreglada por San Eugenio arzobispo de Toledo, que con el título de *Hexameron*, trata de los seis días de la creación.

Nada se ha conservado de la poesía popular ó artística de los vándalos, pero que existía, lo prueba el hecho del rey Gelimero, que en el colmo de su desgracia compuso una canción en que deploraba su triste suerte, y la cantaba acompañándose con el arpa.

Respecto de las artes plásticas, solo mencionan los autores obras de fábrica como las terms de Trasamundo que se construyeron en un año, y las de Hilderico; el primero construyó además una basílica, un palacio, y cerca de Cartago la ciudad de Alicana, llamada por Procopio Aclé. En las construcciones se empleaba mucho el mármol jaspeado del país. Algunas noticias mencionan también estatuas, relieves y cuadros. Muchas veces hacían servir para construcciones nuevas, piezas sacadas de otras antiguas, conforme refiere algún autor hablando de un sarcófago.

A las observaciones hechas sobre el clero arriano hay que añadir algunas palabras sobre su organización, que era tan completa como la del clero católico. Todos los vándalos eran arrianos; católicos solo se mencionan algunos como excepciones de la regla, como dos que cita Víctor de Vita que en tiempo de Genserico abrazaron el catolicismo. A la cabeza de la Iglesia arriana estaba un obispo con el título de Pa-

triarca que residía en Cartago, donde reemplazaba el primado romano, entonces ya autoridad reconocida por los católicos del Africa, pero por supuesto no por los vándalos. Seguían luego por orden jerárquico los obispos, presbíteros, diáconos y monjes. La autoridad del patriarca debía de ser considerable porque imponía a los mismos reyes. Sábese de un hijo de Genserico que tuvo cerca de su persona un sacerdote de categoría elevada, costumbre tal vez frecuente en las familias ricas y distinguidas. Las persecuciones de los católicos fueron principalmente obra del clero arriano a quien el rey consultaba en todo lo que se rozaba con la cuestión religiosa. El mismo clero era también el ejecutor de la voluntad real en estas materias; y su odio no se limitaba a los católicos sino que comprendía a todos los que disientían de su religión. Por eso expulsó Hunerico del país a los vándalos que se inclinaban al maniqueísmo.

La secta de los donatistas estaba de acuerdo respecto del dogma de la Trinidad con los católicos, según asegura San Agustín, y solo algunos renegaron de él para ganarse las simpatías de los arrianos.

Los reyes vándalos no se fiaban sino de arrianos; y por esta razón exigían de sus súbditos, y sobre todo de sus empleados, como primera prueba de fidelidad su conversión al arrianismo, y se esforzaban en alejar de su corte y puestos oficiales a todos los que rehusaban dar esta prueba que muchos acaso hubieran dado si no hubiesen tenido que someterse a ser bautizados de nuevo, pues la iglesia arriana, como la católica, consideraba este sacramento nulo en sus efectos si no era administrado por sus sacerdotes y según su rito. Pero como los católicos tenían por uno de los mayores pecados la repetición del bautismo, resultó entre ambas poblaciones un abismo perpetuo. Los arrianos recelaban, y no sin fundamento, de los sacerdotes ortodoxos, y los vigilaban con constante y penosa solicitud, sospechando en todos sus actos y en todas partes traición y relaciones ilegales con sus enemigos exteriores. Genserico desterró, por ejemplo, al obispo Félix de Hadrumeto solo porque había tenido alojado en su casa a un sacerdote bizantino. Por su parte sabían los sacerdotes católicos entonces ya desahogar su odio contra sus reyes opresores, herejes y bárbaros designándolos en sus sermones y escritos astutamente con nombres de personajes análogos de la Biblia, como Faraón, Nabucodonosor, Holofernes, etc., estrategia que les prohibió Genserico bajo penas severas. El gran número de obispos desterrados que habían podido retirarse a Constantinopla, Roma y la Galia formó entre tanto un cuerpo unido entre sí y con los enemigos más poderosos de los vándalos, cuerpo que los arrianos no pudieron destruir. Los esfuerzos de la propaganda arriana ya puramente morales, ya de fuerza bruta, no tuvieron nunca un éxito notable, porque en general los católicos de Africa, para eterna gloria suya, mostráronse dignos discípulos de San Agustín; y los casos de apostasía no solo entre los laicos sino también entre el clero, fueron siempre contadas excepciones, aunque hubo algunos hasta entre los mismos obispos, conforme resulta de un documento del papa Félix III, leído

en el concilio celebrado en 3 de marzo de 487 en Roma cabalmente con motivo de estas conversiones al arrianismo ocurridas en Africa. La persecución dió por único resultado positivo y duradero una unión más estrecha entre los obispos y el papa, y su representante en Africa, el primado.

APÉNDICE

LOS ALANOS

Este pueblo, de raza distinta de la germánica, llevaba todavía a últimos del siglo IV su primitiva vida nómada en el país que ocupaba en las estribaciones del Cáucaso hacia el Nordeste. Se componía de muchas tribus, una de las cuales fué sometida por los hunos y se trasladó al deshacerse el imperio oriental a la Mesia Baja, donde se mantuvo señora del país hasta el fin del siglo VI. Jordanis, su historiador, era nieto de un alano llamado Peria que desempeñaba las funciones de secretario en la corte de un rey de su pueblo.

Otra parte de los alanos se agregó a los vándalos y suevos cuando en 406 emprendieron su marcha desde la Panonia hacia la Galia. Allí se separaron los alanos en dos grupos, pasando el uno al servicio romano, en cambio de lo cual cedió el imperio terrenos a orillas del Loira. Un jefe, príncipe o caudillo de este grupo aliado de los romanos, llamado Goar, elevó al trono imperial en unión con los borgoñones en 412 a Jovino; y a mediados del mismo siglo se mencionan los reyezuelos alanos Sangiban, Eochar y Beorgar. El primero de estos intentó pasarse a las hordas de Atila; pero metido entre visigodos y romanos, le obligaron estos a combatir contra aquellos en el año 451. Los francos no tardaron en acabar con estos reyes alanos y con su pueblo, derrotándolos completamente cerca de Bérgamo en la Italia superior en 462, donde habían penetrado en una de sus excursiones de rapiña, y donde murieron su rey Beorgar y gran parte de sus guerreros.

Las otras tribus alanas que habían seguido unidas a los vándalos y los habían salvado de ser completamente exterminados por los francos cuando el paso del Rin, se trasladaron después con los vándalos y suevos a España, donde les tocó la Lusitania y Cartaya en el reparto del territorio y donde durante algún tiempo se conservaron independientes y aun superiores a los visigodos, con el apoyo de los otros dos pueblos compañeros de emigración, hasta que los visigodos los vencieron definitivamente y mataron a su rey Atax. Entonces dejaron de formar un grupo independiente; prefirieron agregarse a sus antiguos amigos los vándalos a someterse a sus vencedores; y desde esta fecha tituláronse los reyes vándalos, reyes de vándalos y alanos. Ambos pueblos reunidos pasaron al Africa, donde conquistaron y se repartieron el país y juntos fueron vencidos y exterminados por Belisario.

Hace poco tiempo que se encontró cerca de Trieste una copa ó taza de Gelimero, el último rey vándalo, con la inscripción: *Vandalorum et Alanorum rex.*

LIBRO SEGUNDO

LOS OSTROGODOS

CAPITULO PRIMERO

HISTORIA PRIMITIVA HASTA EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO OSTROGODO EN ITALIA

Entre todos los pueblos del grupo godo ocupan los ostrogodos por su poderío, su esplendor y la trágica grandeza de su historia uno de los primeros puestos. Procopio los llama simplemente godos, quizá porque solo se trata de ellos en su historia de guerra, en que se hace caso omiso de los visigodos.

La tradición legendaria de este pueblo que le hace salir la primera vez de la Escandinavia y tomar el rumbo del Sudeste nos parece tan desprovista de fundamento como la pretendida afinidad de su nombre con el de los gautos suecos, que es puramente accidental. Los eruditos escandinavos siguen creyendo sin embargo que al emigrar del Asia tomaron la ruta por el Norte de Rusia hasta llegar directamente a la Escandinavia, desde donde se extendieron parcialmente hasta las costas alemanas del Báltico, y que de consiguiente los gautos son idénticos a los godos.

Sea de esto lo que fuere, es indudable que los pueblos que bajo el nombre colectivo de gtones ocupaban la orilla derecha del Vístula, y entre los cuales iban ciertamente comprendidos los ostrogodos, retrocedieron (próximamente a mediados del siglo II, pues que poco antes Tolomeo los señala establecidos todavía a orillas del Vístula) en dirección Sudeste, llegando paso a paso hasta el mar Negro, en cuyas costas los combatió ya bajo el nombre de godos el emperador Caracalla a principios del siglo III, pues que este emperador murió en el año 217.

Imposible es indagar dónde y cuándo empezaron a llamarse ostrogodos ó sea godos orientales en oposición a los visigodos ó godos occidentales; pero lo cierto es que diferentes autores nos los presentan establecidos al Este de sus afines, y la división en orientales y occidentales puede haber ya tenido su motivo, lo mismo en Asia, antes de su emigración, que en la cuenca del Vístula ó después en la desembocadura del Danubio. Lo más probable es que naciese en este último país, ocupado por ambas ramas desde el citado río y las vertientes del Sudoeste del Cáucaso hasta el río Don. Allí se compone la parte oriental de páramos y arenales que quizás dieron a la rama oriental u ostrogoda el nombre de greutingos (de *griut*, *gries* que significa arena); y la occidental, cubierta entonces y todavía hoy en parte, de espesas selvas, explicaría a su vez el nombre de tervingos (de *triu*, árbol) con que se designaban también los visigodos. Trebelio Polion distingue ya entre los godos los greutingos, es decir, austrogodos, y los tervingos; y Claudiano los llama ostrogodos. El mismo nombre del rey Ostrogotha que este autor cita, prueba que el pueblo se llamaba así ya desde mucho tiempo. El nombre de los visigodos aparece mucho más tarde, primero en los escritos de Sidonio Apolinar que de *vesus* los llama abreviadamente *visi*. El nombre de *visigothi* no se encuentra sino en las obras de Casiodoro y de Procopio. Los escritores griegos

y latinos de aquella época confundieron también los godos cuando los encontraron por primera vez a orillas del mar Negro con los getas, a cuyo error les indujeron la semejanza de estos nombres y la contigüidad de ambos pueblos. También los designaban con el nombre de escitas, que en aquel tiempo se aplicaba a todos los pueblos desconocidos del Nordeste.

El gobierno de Alejandro Severo, que reinó desde 222 hasta 235, pagaba a los ostrogodos anualidades para guardar y defender las fronteras, pero en 238 reinando Máximo y Balbino se sucedieron sin interrupción las invasiones de los godos, que los autores romanos comprenden bajo el nombre de guerra escita. En el reinado de Gordiano (243), que se titulaba «vencedor de los godos» se cita a un rey Arguntis de raza escita como jefe de los enemigos, que quizás sea idéntico al jefe Argait, que junto con otro llamado Gundérico pasó el Danubio y devastó desde 244 hasta 249, por orden del rey Ostrogotha, la Mesia y la Tracia. Este último es el primer rey histórico de los ostrogodos cuyo nombre llevaba, y el primero de la familia de los Amalos ó amalungos (de *amb*, esforzarse, de modo que el nombre significaba varones esforzados). Sus ascendientes son al parecer más bien creaciones míticas que personas reales y verdaderas. Declaróse este rey enemigo del imperio por no haberle pagado las anualidades estipuladas, y venció también al rey de los gépidos, pueblo limítrofe y de la misma raza, porque quiso apoderarse a la fuerza de varios terrenos fronterizos. Su sucesor, Kniva, descendiente de otra familia distinta, mandó un ejército a la Mesia, quedándole aun otro para hacer frente al emperador Decio, al cual derrotó y mató en noviembre de 251 cerca de Abrito. Su sucesor Galo, que reinó de 251 a 253, trató en vano de hacer la paz ofreciendo nuevas anualidades; los godos habían conocido la debilidad creciente del imperio, lo cual unido al aumento rapidísimo de la población, a consecuencia de la vida fija a que les obligaba el espacio limitado que ocupaban, provocó una serie de invasiones por tierra y mar en las provincias romanas orientales, que solo alguna vez se interrumpieron por corto tiempo. El pueblo ostrogodo, que después se mostró tan poco marino, armaba en aquel período innumerables buques piratas, que no todos podían ser apresados por los romanos. Esto demuestra el grado muy adelantado de inteligencia y el gran poderío a que había llegado; poderío que hacía sentir en sus temerarias correrías a todas las islas y costas del imperio. Aliábanse con los ostrogodos en estas depredaciones otras hordas, ya de raza germánica, como los hérulos y peucinos que eran quizás godos de la isla de Peuce en el Danubio, ya de procedencia distinta, como los boranos y carpos. En tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno, desde 255 hasta 268, sufrieron diferentes provincias cinco invasiones ostrogodas.

Los boranos fueron los que primero, y probablemente sin el auxilio de los godos, atravesaron ó costearon el mar Negro en dirección al Este, y conquistaron y saquearon a Trebisonda y Pito; después dirigiéronse hordas compuestas de varios pueblos bárbaros hacia Bizancio, asaltaron a Calce-